







Table with multiple columns showing train routes and schedules between Madrid, Oviedo, Gijón, Avilés, and San Juan. Includes station names, times, and class designations.

NOTA.—El tren correo de Madrid a Gijón y viceversa, no admite viajeros mas que de primera y segunda clase.—El mixto que viene de Madrid, como los demás mixtos y correos de la provincia, llevan coches de las tres clases.



LA ECONOMICA IMPRENTA
Santo Domingo, 1, bajo
OVIEDO

Se hace toda clase de trabajos tipográficos: como facturas, rayados, cartas comerciales, participaciones de enlaces, etc.—Tarjetas mar al desde seis reales el ciento.

Gran Relojería y Taller Mecánico DE COMPOSTURAS



RAIMUNDO CALDEVILLA
CALLE REAL Nº 24 y 26
POLA DE LAVIANAS

NUEVO SISTEMA COMERCIAL DE ESTA CASA
Relojes de níquel, escape de áncora, á 8 pesetas.
Sistema Roskopf y otras varias marcas, á 10 ídem.

El Andorrano

Gamisería, lemoería, géneros de punto, ropa blanca
ESPECIALIDAD PARA EQUIPOS DE NOVIA
Grandes novedades
Casas en San Sebastián y Bilbao,
SANTIAGO LAFONT Y SOBRINO

BIBLIOTECA DE Novelistas del siglo XX

Esta Biblioteca publica novelas de insignes literatos españoles, editadas con gran esmero.

- Novelas publicadas: «Amor y pedagogía», por Miguel de Unamuno. «La Voluntad», por J. Martínez Ruiz. «La Dictadora», por Antonio Zozaya.

De venta en las principales librerías de España y América. Para los pedidos: Henrich y Comp., editores, Barcelona.

Máquinas "SINGER" para coser

Mas de quinientos modelos
Para familias y toda clase de industrias
Todos los modelos por ptas. 250 semanales y con grandes rebajas al contado

1, Fruela, 1 OVIEDO

Estomacalina Alfajeme

De las especialidades para curar conocidas enfermedades del Estómago e Intestino. Verdad que la ciencia ha comprobado sus excelentes resultados en los ensayos hechos en los hospitales de Madrid por las eminencias médicas, doctores Mariani, Horguegas, Medinavet, Huertas, Pérez Valdés, Estévez, Montaña y otros, es la Estomacalina Alfajeme, pudiendo comprobarlo todo enfermo con tomar una botella.

FOLLETÓN DE "EL PROGRESO DE ASTURIAS"

RAFAEL ALTAMIRA

REPOSO

acercó todavía más, tratando de ver la cara á la enferma, en la semiescuridad de aquel rincón. Cuando la vió, un estremecimiento de piedad le agitó todo el cuerpo. La mujer era ciega. Sus dos ojos, hundidos profundamente en las órbitas, rodeados de un cerco sanguinolento, carecían de luz, inmóviles, mates, sin expresión alguna.

estuvo paseando por la cueva, sin dejar de hablar al mismo tiempo. —¿Y Martín? En la pesca, supongo. —Si señor, allá fué. No tardará. Pero cada día puede menos con el trabajo. —¡Naturalmente! Oye, Juan. Estas pobres gentes viven solas, marido y mujer. El es mucho más viejo que ella... ¡Cuántos años dirías que tiene Isabel!... No, no caviles, te engañarías. Muchos menos de los que representas. Si tú la hubieras visto cuando vivía en casa (Martín fué jardinero nuestro), no dirías que era á misma. Mujer más alegre y más traviesa no la he conocido. Siempre estaba de broma. Y qué bien bailaba la danza, ¿eh, Isabel? —¡Ay, señor, quién volviera á aquellos tiempos! Daría cualquier cosa—dijo la enferma con voz que tenía realmente acentos de tristeza. —Yo también, mujer. ¡Mira tú si me vendría bien quitarme veinte años de encima! Pero... ¡dále voces! A ver ese termómetro.

cántaro de barro y una mesita pequeña, con cajón, muy sucia y desvencijada. La impresión general era de miseria, confirmando la que se experimentaba al ver á Isabel en aquel jergón echado en el suelo. —¡Vaya, vaya, ésto marcha bien!—dijo don Vicente, volviendo al fondo de la cueva.—Por ahora no te mueres. Sigue con lo que te mandé y no te aflijas. Hasta otro día. Dió algunos pasos como para salir; pero al instante retrocedió hasta la cama. Juan le vió echar mano al bolsillo, sacar una moneda y, con la mayor naturalidad, sin dar importancia á la cosa, ponerla en manos de Isabel. —Dale eso á Martín. —¡Don Vicente!—gimió la enferma. —¿Cómo le pagaré yo sus caridades? El Señor le dé mil bienes. Sin contestar, el anciano salió. Juan, en vez de seguirle, acercóse á la cama, hondamente emocionado, y sin decir palabra, dejó sobre la almohada otra moneda. Pero la ciega adivinó el movimiento y, alargando la mano, cogió la del joven y la apretó fuertemente. Sintió Juan la presión de aquellos huesos, revestidos de una piel sudorosa y caliente, y su primer movimiento fué repulsivo; pero al instante, por una rápida reacción, contestó á la caricia

apretando también amorosamente la mano de la enferma. —¡Adiós, adiós—dijo.—Cuidese mucho. Y salió apresuradamente, sin escuchar lo que Isabel le decía, balbuceando su sorpresa y su agrado íntimo. XIX Don Vicente caminaba ya euesta abajo. —¡Qué gente más desdichada!—dijo en cuanto Juan se unió á él.—Tenían un mediano pasar. Su único hijo se les casó muy joven y dió con una mala pécora. Por ella riñó con otro y lo mató. Ya puedes figurarte las consecuencias. El en presidio; los padres arruinados y esa pobre Isabel consumida y, para colmo de penas, ciega de la noche á la mañana, como quien dice... Martín se ha tenido que coger á cualquier cosa, á lo que puede, y mejor será que decir á la caridad de un patrón de barca. Y esa Isabel se muere cualquier día, como si lo viera. Apenas tienen para comer y no hay quien la cuide... En fin, ¡miserias de la vida! —Yo créí que usted no visitaba ya—observó Juan. —Y no visito. No soy más que un Labrador. Pero aquí no tienen médi-

co, ni nos lo envían por más que se pide á la capital. Ese infeliz de cirujano sirve para pocas cosas. Los ricos pueden hacer venir á quien quiera; pero los pobres ¿iba á dejarlos morir tontamente? Para ellos sí soy médico; pero gratis. A quien me puede pagar, ya no le sirvo; y encima, doy dinero. No cabe hacer otra cosa. Muchas veces lo que tienen es hambre. Calló un momento, y con ánimo evidente de variar de conversación, añadió en otro tono: —Por fortuna, esos casos son los menos. La propiedad está aquí muy dividida. Apenas si hay alguien que no tenga su trocito de tierra... y van viviendo. Ahora verás un tipo de familia acomodada, que es una delicia. Da ganas de ser así. Habían llegado á la playa y caminaban sobre un lecho de algas ennegrecidas por el sol, en que el pie se hundía muellemente. Luego seguía la arena, mezclada con cantos rodados y adornada con matojos de barrilla, de un verde oscuro. Delante del caserío, que no distaba ya más de cien metros, algunos faluchos varados se tostaban al sol, mal defendidos por esteras y por la pintura de los cascos. Sobre uno de ellos, dos chiquillos, medio desnudos, corrían con gran algazara, y otro hacía esfuerzos por encaramar-